



Lo que no cesa. Presentación de *Fantasmas del saber*, de Noé Jitrik¹

Jorge Monteleone²

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Instituto de Literatura Hispanoamericana - Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Tres de Febrero
jorgejmonteleone@yahoo.com.ar

Tan lejos de la inmovilidad, tan poco cercado por la inacción, ausente de la vaguedad distraída, de la ansiedad, incluso del cansancio, alguien lee. Tal vez si otro, que no lee, lo mirase, podría ver en esa manera de ensimismarse en la lectura una especie de ausencia. No ve un cuerpo, ve alguien que no está disponible. O si ve un cuerpo, acaso lo perciba asocial, como ocurriría en la radicalidad de un deseo, incluso de una obscenidad. Entonces el lector se aparta. Lo que hace se parece a esconderse para practicar, con lo que tiene entre sus manos, un acto impuro, amoral e inútil. La primera frase de *Fantasmas del saber* es una pregunta referida a ese apartarse: “¿Por qué, me he preguntado muchas veces, recuperando ese momento en el cual dejé de lado mis cuadernos escolares y vi que entre mis manos había un libro, necesité encerrarme para leerlo? Espontáneamente busqué un lugar que consideré propicio, me aislé y traté de que nadie viniera a perturbar lo que todavía no era una ceremonia secreta pero que lo era, así puedo considerarlo ahora, después de tantos años de soledades y libros”. Lo que

¹ Este texto fue leído en la presentación de *Fantasmas del saber* (Colección Lector&s, Buenos Aires, Ampersand, 2017) en la 43ª Feria del Libro de Buenos Aires, el 14 de mayo de 2017.

² **Jorge Monteleone** (Buenos Aires, 1957) es escritor, crítico literario y traductor. Profesor en Letras de la Universidad de Buenos Aires, investigador en el CONICET y en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA (donde es secretario de redacción de la revista ZAMA), docente en la Maestría de Escritura Creativa de la UNTREF. Es docente de seminarios de maestría y doctorado en varias universidades argentinas y extranjeras sobre poesía. Ha publicado cerca de doscientos ensayos críticos en publicaciones académicas de América y de Europa. Ejerce, además, el periodismo cultural en diversos medios audiovisuales de Buenos Aires. Publicó *Ángeles de Buenos Aires* (con fotografías de Marcelo Crotti), *El relato de viaje, Puentes / Pontes* (2003, con Heloísa Buarque de Hollanda y Teresa Arijón; *200 años de poesía argentina, La Argentina como narración, El fantasma de un nombre (poesía, imaginario, vida)* (2016). Estuvo al cuidado de ediciones críticas de Walter Benjamin (*Historias desde la soledad, Calle de mano única, Infancia en Berlín hacia 1900 / Diario de Moscú*) y Felisberto Hernández (*Narrativa completa*), entre otros, y tiene a su cargo la dirección del tomo XII de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, con la dirección general de Noé Jitrik.

responde a esa pregunta es decisivo para comprender el signo que imanta esta escritura sobre lo leído, este libro que, como en espejo, se duplica en decenas de libros como relato de la vida de alguien como Noé Jitrik, alguien con el que miles de lectores en Latinoamérica, durante más de medio siglo, aprendimos una *forma de leer*, esto es, de interpretar la literatura bajo el recurso de “suspender toda certeza”. Dicho así es imponente, pero al abrir este libro todo regresa al chico nacido en un pueblo de La Pampa en los años veinte, el chico que busca un lugar aislado para leer. No hay libros en su casa, que solo tiene cuatro cuartos cuadrados en el que cabía toda la familia, con frío en invierno y calor en verano, algún árbol, un patio, una bomba de agua. Rodeada de calles de tierra que llevaban a una planicie material, donde hay caballos que pasan lentamente, y poco más allá vizcacheras, macachines, pedregullo, hay solo tres lugares en los que aislarse para leer los libros prestados por la biblioteca de la escuela: las ramas de un árbol; la pared del muro del tallercito del padre que da al poniente; el cuarto propio, alejado de la cocina económica, pero solo cuando no estaban los hermanos. En ese espacio, que es precario, que es exiguo, que es de una “pobreza general”, Noé Jitrik comienza a leer. Esa escena no impacta en su presente histórico sino en su futuro –para no hablar de destino– y yo diría que no se trata de un pasado sino de un origen de escritura: la torrencial capacidad de desciframiento de Noé proviene de ese contraste inicial entre la precariedad y una voluntad de acción resumida en aquello que a veces se percibe asocial: leer.

Leer no es una facultad intelectual sino un acto que colma, expande y desborda lo dado. Y puesto que es un acto y no una intelección, la respuesta que da Noé Jitrik a esa necesidad de aislamiento es esta: leer es un *acto físico*, “de una corporalidad –dice– innegable”. Esa presencia se ampliaba a la biblioteca, como si fuera también un espacio correlativo al cuerpo: “la biblioteca, como esa acumulación, me pareció un cuerpo vivo, no puedo olvidar la imagen, algo que respiraba y palpitaba”, escribió. Y en ese origen de lectura pensó que “debía tener en mis manos uno de esos objetos que vibraban en los estantes”. Esa palabra, *vibración*, es lo que al principio y al fin de este libro hace de la lectura un acto físico: la vibración es un movimiento, un vaivén, un temblor, y también es aquello que se une a la corporalidad de la lengua –decimos, por ejemplo, que las cuerdas

vocales *vibran*. Las vibraciones son un ritmo, aquello que se despliega en el tiempo y por eso Noé también tituló uno de sus libros *La vibración del presente*. El último capítulo de *Fantasmas del saber* se llama “Vibraciones” y no habla ya del origen sino más bien del retorno del origen en el tiempo que resta: lo vibrante es otra vez el cuerpo, pero cuando ante él se abre el vacío del tiempo. Ese vacío es aquello que el tiempo deja al devorar también cuerpos y deseos, recuerda aquello que Baudelaire llamaba *spleen* y que no correspondía a eso que llamaba “el tiempo anterior”, el tiempo del ideal, sino eso ofrecido por el oscuro enemigo que roe el corazón: la conciencia en el mal. “Vacío de sentido” llama Noé al instante en que “aquella vida plena se ha transformado en puro recuerdo, apagado hervor”. Pero allí, en ese presente limitado, otra vez la lectura vibra en el sitio donde el cuerpo se ancla: “leer es –dice Noé– uno de los escasos modos de derrotar, provisoriamente, al implacable tiempo”.

Entre el despertar del primer capítulo –el origen de la lectura– y las vibraciones del último –la lectura como semiosis vitalista–, el acto del cuerpo que lee alcanzó para Noé una triple consecuencia: desplazamiento, praxis y resto. Al leer esta historia de un lector comprendemos que ese cuerpo que lee, además recorre o viaja. Leer supone, entonces, *desplazarse* metafórica pero también literalmente: desde La Pampa a Buenos Aires y las calles de la ciudad que se experimenta como un plano donde se hallan nuevas lecturas y también la vida de la provincia; de Buenos Aires a París y una nueva lengua que debe ser conquistada y de París a Buenos Aires y ese regreso que se abre, ya no al viaje sino al exilio, a México, a otro retorno. Cada lectura se realiza en un decurso espacial, cada libro surge en un recodo que también hace girar la dirección y con ella los presupuestos del lector: así no hay quietud en la lectura sino dinamismo, y además no hay persistencia sino en la mutación. En cada espacio el tiempo se abre a otra época, a otro mundo, y se suceden también los cambios de paradigma para leer: lecturas de Amado Alonso, Saussure, Sartre, Camus, Merleau-Ponty, Benveniste, Maurice Molho, Bachelard, Blanchot, Bénichou, Martínez Estrada, Freud, Marx, Lukács, Hauser, Auerbach, Macedonio, Barthes, Lévi-Strauss, Derrida, Kristeva, Sollers, Lacan, Leclaire, Jean-Joseph Goux, entre otros.

Ir hacia cada libro es ir también a *otra parte*. Doy unos pocos ejemplos: Noé recibía de las lecturas de Eliot y de Apollinaire “el mandato de vagar por una ciudad y reconquistar y observar sus mínimas saliencias lo que abrió a la vez la escritura poética; la lectura lingüística “me hizo ir para ese otro lado”; la lectura de Derrida “me abrió un camino”; afirma que “de la lectura puede decirse lo mismo que de un paisaje, es muy diferente lo que se ve cuando la mirada se detiene en lo inmediato”. Cuando Noé habla acerca del sentido de la lectura no solo alude a discernir significados sino que también habla de una dirección y de un desplazamiento y, asimismo, de un viaje.

La segunda consecuencia de la lectura como acto físico es otra acción, una *praxis*: hay que *hacer algo* con lo que se lee. Leer es escribir. Pero esa acción de escribir no está ligada en principio a ningún resultado, a ningún provecho, a ningún éxito ni posición ni poder, aunque lo parezca abrumadoramente en el caso de un intelectual como Noé Jitrik del cual podríamos describir, como una convención, una trayectoria, una carrera, un campo de influencia o de intervención. La escritura aparece, en cambio, como una especie de ensueño de colmatación, la inquietud de suturar algo que se abre constantemente ante la literatura entre lo que se da y lo que falta, entre el estar y el no estar, entre lo ofrecido y lo sustraído. Esa sensación es temprana e incluso previa a la escritura misma. Dice: “contra la soledad en la que estaba confinado, creyendo cada vez más que por ahí, por lo que la lectura me daba y me quitaba, estaba trazándose la línea de mi destino”. Por eso fue un descubrimiento conmocionante para Noé la lectura de *La part du feu* (La parte del fuego), de Maurice Blanchot, publicado en 1949, – Nicolás Rosa nos decía: “la diferencia es que Noé leyó a Blanchot antes que todos nosotros”–. Esa lectura produce una especie de reconocimiento. Noé alude a aquellos párrafos de “La literatura y el derecho a la muerte” en los cuales Blanchot habla del lenguaje que sustrae a la cosa o a la persona de sí misma, de su presencia, la aniquila al nombrarla y, al mismo tiempo, conlleva la certeza de que el hablar mismo nos irrealiza, que el nombrarnos nos vuelve impersonales. El lenguaje – decía Blanchot en ese texto– solo comienza con el vacío y la literatura, hecha de esta materia, es una nada. Aquella lectura de Blanchot le hace descubrir a Noé que aquella desaparición de la cosa en la palabra y lo que la constituye es el

fundamento mismo de la poesía. Y que como si fuera un núcleo duro de su sentido –aquello de la inexistencia que aprendió en Mallarmé, en Darío, en Macedonio, en Borges bajo sus formas diversas–, eso mismo está en aquello que lee en la literatura. Ese vacío, esa nada que también acarrea el lenguaje, se vuelve además un *topos*, una espacialidad que Noé une a la operación elemental de escribir. Con esa capacidad extraordinaria de Noé para construir un artefacto semiótico deriva de ello esta concepción: escribir la lectura “va de la idea sarmientina de la extensión y a la noción de ritmo surgida del paso de las cohortes griegas en pos de la conquista de nuevos territorios. Sentí que en esa idea residía el secreto de la creación poética. Esa lectura me abrió un camino”. Otra vez el camino, la dirección, el sentido y, de nuevo, eso que en la lectura obra la lengua como vacío para desplegar en ella una escritura que lo ocupe. La metáfora sarmientina de la extensión es la de una especie de inquietud por ocupar y colmar, una sed de espacio abierto que se conquista al ser escrito. Y esta ocupación es como esa energía que quiere nombrar, reconocer, representar, investir con la escritura aquel objeto de deseo que aparece en lo que se lee. La prosa de Noé es sinuosa y parece que se extendiera como un derrame, como una lentísima posesión de esa espacialidad, como si comprendiera persuasivamente y librara entre comas, entre incisos, la inquietud de una argumentación que se dirime en tanteos y súbitas coagulaciones. Leer supone, cuando se trata de una actividad plena, escribir.

La tercera consecuencia deriva de lo anterior: ya que la escritura busca colmar aquello que la lectura literaria abre en su darse y sustraerse, algo siempre queda, algo *resta* de la lectura. La escritura, dice Noé, es “una acción que se produce en un espacio blanco y tiende, además de pretender intervenir en el mundo mental de los seres humanos, a poner de relieve el enigma del vacío, la página en blanco que asedió en algún momento a Rubén Darío”. La escritura es para Noé ese intento de *hacer algo* con esa nada que produce menos un saber que un *fantasma del saber*: un residuo, un resto, una impresión, una huella. “En esa reflexión lateral –escribe Noé– duerme ese ‘fantasma del saber’ que preside, como una bandera, el imperio de la lectura”. Como si ese imperio que produjera una interminable ocupación tuviera con cada territorio ganado un incesante vaciamiento y su bandera no fuera más que la nada que conquista, no el terreno

que ocupa. Esa paradoja genera aquella noción que está siempre latente en lo que la lectura y la escritura es para Noé: la *incesancia*. Le oí esa palabra una vez y me resultó inolvidable porque imaginé inmediatamente que era un conjuro del signo contra lo tanático. Allí donde habla el vacío, la incesancia de un sentido que se difiere interminablemente es la garantía de la vitalidad. Eso dice para mí este libro y por eso es ejemplar: *no cesa*. Porque en la lectura residiría esa antigua fuerza, que es deseante pero también política o, en suma, una política del deseo: lo que no cesa resiste, y lo hace incluso allí donde estaba el origen de la lectura para Noé Jitrik, ese lugar menos biográfico que simbólico: la lectura iniciada en el espacio de la pobreza, la precariedad y la aridez. Lo que no cesa.